

CAPÍTULO VI

EL CONCILIO DE TRENTO

Paulo III se llamó el Pontífice destinado á convocar el concilio de Trento, último asidero, en el naufragio universal, á que podía el Catolicismo acogerse. Desde mediados del siglo decimocuarto, por espacio de dos centurias seguidas, todas las inteligencias previsoras que veían el espíritu moderno surgiendo del cementerio de la Edad media y llamando á las puertas del primaveral Renacimiento, pedían á la Iglesia una inmediata preparacion para ocurrir á este profundo cambio á fin de que no se hallase el espíritu humano sin ideal en momentos de suyo tan extraordinarios y tan críticos. Cuarteados los castillos feudales, descubierta la pólvora que nivelaba las fuerzas, oyéndose allá en las fraguas volcánicas de la industria los primeros crujidos de la prensa, en rápida elaboracion las modernas sociedades y los Estados modernos, imposible que la Iglesia sola quedase inmóvil y fria como una mole de árido granito entre las exuberancias de la vegetacion y los latidos de la vida animal. Antorcha de las conciencias, guía de las gentes, depositaria del ideal divino, imposible sostener todas estas altísimas representaciones y guardar toda esta trascendental significacion, si no iba delante de su tiempo y no encabezaba el movimiento y trasformacion de las humanas sociedades.

En todas las épocas de la historia existiera mayor número de herejías que en los risueños albores del espíritu moderno. Pero la herejía de este tiempo menos vivaz, si se quiere, pasaba de las conciencias superiores á los pueblos, los cuales pedían á una sin saber cómo ni porqué, pero con grandes instancias, el advenimiento próximo de segura y trascendental renovacion

religiosa. Las órdenes mas ortodoxas y pontificias, las órdenes mas ultramontanas, como la orden, por ejemplo, de San Francisco, daban de sí pensadores, los cuales, á manera de aquellos profetas y bautistas dispersos en los desiertos á la venida de Cristo, pedían y aun anunciaban un nuevo revelador que trajese como la Biblia trajera la revelacion del Padre, como el Evangelio trajera la revelacion del Hijo, trajese la revelacion del Espíritu. Muchas gentes se iban á las soledades, se reclinaban en los desiertos é importunaban á los cielos en súplica de algun dogma nuevo que extinguiese la sed inextinguible de las almas. Y en esta crisis trascendental del mundo y del espíritu las ruinas vomitaban las antiguas estatuas clásicas, los mares de Oriente traían los fugitivos de Grecia y los mares de Occidente se poblaban de nuevas tierras que parecían reparaciones del llorado Paraíso venidas para hospedar al hombre redimido por la libertad de su conciencia y por el crecimiento de su espíritu.

Durante cien años una voz reinó en la cristiandad, una voz soberana é infalible de los senos de la conciencia universal escapada, que pedía con llamamientos continuos la congregacion de los concilios. Descompuesto el Imperio romano por aquel célebre interregno que lo disuelve, descompuesta la infalible autoridad pontificia por aquella cisma de Occidente que la mata y aniquila, perdíase á su vez en todas estas descomposiciones sucesivas el espíritu que animara y encendiera la Edad media. Y el mundo no encontraba otro recurso para que la vida del espíritu no se interrumpiese, para que la autoridad de la Iglesia no se eclipsase, para que continuara el ordenado movimiento de los hechos y de los principios sin desquiciarse la mecánica social, que la reunion de todas las altas inteligencias en grandes asambleas religiosas, á fin de buscar á los espíritus un dogma nuevo que los sostuviese y los alimentase y á la Iglesia una nueva organizacion que la pusiese por fin y postre á la cabeza de la sociedad rejuvenecida y en consonancia con el espíritu inmortal de los modernos tiempos. Los concilios de Pisa, de Basilea, de Constanza, de Rávena, de Florencia, tendían todos mas ó menos, con mayor ó menor fortuna, en virtud de inevitable necesidad, á conciliar las necesidades del espíritu moderno, con las tradiciones de la antigua Iglesia. ¿Por qué, por qué, Dios mio, el concilio ecuménico de Trento se olvidó de este ideal de

los concilios precedentes y consumó la definitiva separacion de la Iglesia de Cristo en dos fundamentales porciones?

La causa primera de tal desastre hállase desde luego en la resistencia de los Papas á convocar el concilio cuando podia gozar este de alguna autoridad y traer á tantos males algun remedio. Dias hubo, muchos dias que aprovechar para conseguir este fin saludable; dias en que los ánimos no estaban aun separados, ni las conciencias divididas, ni las Iglesias nuevas formadas, ni vencedora la herejía de todo en todo, hasta en las interioridades psicológicas de los mismos que las concibieran y propagaran. La inutilidad del concilio de Trento se conoce desde luego, por la fecha misma de su convocatoria: ya la idea está formulada; el símbolo de la nueva fe redactado; las iglesias evangélicas establecidas; los Estados protestantes puestos sobre sus fundamentos inconvencibles; la impotencia del Imperio para detener y atajar las nuevas doctrinas, demostrada; el poder de los Papas destruido; las grandes Dietas de Alemania triunfantes; los doctores católicos maltrechos; las tentativas conciliadoras malogradas, y manifiesta la radical imposibilidad de una Asamblea que pudiese alcanzar jurisdiccion soberana sobre los dos enemigos irreconciliables y sobre las dos Iglesias contrarias. El nuevo mundo germánico se habia ya salido de la Iglesia, cuando entraba el viejo Pontificado católico en los caminos conciliares y convocaba ecuménico y universal congreso, cuyo poder y autoridad no pasarían, no, allende los límites mismos en que la Iglesia católica se contenía y encerraba. Por espacio de tres Pontificados seguidos estuvo la conciencia de todos los pensadores independientes demandando un concilio que pudiese tener autoridad sobre todas las almas y por espacio de tres Pontificados seguidos estuvieron los árbitros del mundo resistiéndose á la evidencia y negando el supremo remedio. Lo único que hicieron fué congregar aquel concilio lateranense, academia de sabios mas que de sacerdotes, congregacion de cortesanos mas que de consejeros, cámara doméstica y áulica, celebrado para fortalecer el absolutismo pontificio mas bien que para salvar la destrozada Iglesia. El día de la reunion del concilio, estaban rotos ya los organismos de la Iglesia histórica y compuestos y fundados los organismos de la Iglesia evangélica. No cabía, pues, entre ellos ninguna reconciliacion.

El Papa, que convocara el Concilio, Paulo III, convocólo mas por razones personales, que por razones religiosas. Enamorado el Emperador de esta idea, de la idea de un concilio ecuménico, jamás alcanzara su exaltacion al trono pontificio en el conclave de cardenales sin prometer de antemano la deseada convocatoria. Este compromiso y la necesidad de fortalecer su poder absoluto en las cumbres altísimas del Catolicismo, le movieron y empeñaron mas en su obra que todas las razones religiosas dictadas por la conciencia y por la fe. Paulo III puede llamarse un Pontífice político mas que un Pontífice religioso. La Ciudad Eterna donde naciera le marcó indeleblemente con el sello de su antigua política.

Si mirais las obras de Leon X, encontrareis el lado helénico y armonioso de la antigüedad restaurada; si mirais las obras de Paulo III, encontrareis el lado imperial y romano. Todo en el uno es melodía, gracia, eterna hermosura femenina, como en la Galatea de Rafael: todo en el otro es desproporcion, magnitud, sublimidad, como en el Juicio final de la Sixtina: reina el uno sobre aquel jóven del Parthenon que parece descendido de las cumbres del Parnaso á las orillas del Pireo; reina el otro sobre aquel viejo de la Roma cuadrata, cuyo cincel parece una espada latina, ciclópeo y gigantesco, cual su Moisés ceñido con armadura de legionario, y que solo ha sabido pintar ó esculpir á los titánicos y hercúleos conquistadores del mundo tal como los veía en los vastos espacios de su exaltada mente.

El palacio Farnesio aparece por su majestad y por su grandeza verdaderamente romanas como la expresion de la majestad y de la grandeza del romano Paulo III; las piedras ciclópeas que componen sus basamentos; los trozos del antiguo coliseo entallados en sus paredes tan gruesas como murellas; las columnas dóricas de una severidad verdaderamente latina y de un granito como el empleado en los antiguos edificios del Lacio; aquel patio, que recuerda por sus proporciones las termas de Caracalla ó Diocleciano; aquellas galerías de Vignola, tan semejantes á los áureos palacios de Neron; el Hércules, en cuyos nervudos miembros copiaba Miguel Angel sus violentas y sublimes figuras; los grupos conocidos con el nombre de Toro de Farnesio que tan admirablemente expresan la última trasformacion del arte antiguo; los sarcófagos empotrados en los pavimentos cuya magnitud y dureza los

hace á los ojos mas vulgares sepulcros de aquellos héroes fabulosos que escalaron el cielo pagano; los bustos encontrados en las ruinas del Palatino y conducidos allí como tributos del Renacimiento al clásico Pontificado; todo cuanto en aquella casa os rodea, todo sirve para recordaros que allí habita, mas que un descendiente de las catacumbas religiosas, un descendiente de los jardines y de los circos imperiales. Hombre de tal temple reunía el concilio, no con miras teológicas y religiosas, no, con miras mundanales y humanas. Así fué colosal como su Pontificado, pero como su Pontificado fué también inútil y abortivo.

Corría el año 1538, y el Pontífice asediado por las súplicas de los humildes y oprimido por las exigencias de los poderosos, reúne la Asamblea ecuménica. Vicenza es la ciudad escogida para esta reunión. Los legados pontificios acuden, y no acuden los representantes de las diversas Iglesias ortodoxas y heterodoxas. Naturalmente, la cuestión de residencia de los concilios, aparece como una cuestión de primer orden, siempre en el seno de la Cristiandad. Notadlo; desde los concilios de Jerusalén hasta los concilios de Nicea y Constantinopla se ve que la Iglesia cristiana pasa de la faz puramente judía á la faz puramente helénica; y cuando los concilios ecuménicos se reúnen ya en Occidente, bien puede asegurarse y decirse que la Iglesia cristiana toma definitivamente el carácter imperial y romano. En el momento de la revolución todo concilio reunido en Alemania prometía mayores ventajas á los protestantes que á los católicos, y todo concilio reunido en Italia prometía mayores ventajas á los católicos que á los protestantes. Así, resuelta esta cuestión capital, parecían resueltas con ella también todas las cuestiones conciliares. Previsto el resultado extinguióse el interés y no hubo número suficiente de obispos ni para tener sesiones, ni mucho menos para tomar acuerdos.

La tenacidad entraba de seguro en las cualidades capitalísimas del Emperador Carlos V. La falta de prelados no podía inquietar ni conmover á quien juzgaba todos los del Catolicismo adscritos á su corte y numerados entre sus áulicos. Comprendiendo que el sitio destinado primeramente al concilio contribuyera por algun modo á malograrlo, convínose por ambas potestades, la imperial y la pontificia, su reunión allá en las fronteras de Italia y

de Alemania, término medio entre las dos regiones y entre las dos ideas, y se designó la ciudad de Trento. Una bula de 22 de mayo de 1542 hizo solemnemente la deseada designación. Con solo pararse á considerar los días transcurridos desde el primer plazo hasta el segundo de la convocatoria, explícate fácilmente la grande incertidumbre que tanto en los consejos del Imperio como en los consejos del Pontificado, reinaba en aquella crítica y extraordinaria sazón. Resolvióse, pues, el problema de la capitalidad con algun acierto; pero ni se resolvió ni pudo resolverse con verdadero acuerdo, el problema de la jurisdicción conciliar. Si los componentes del concilio pertenecían solo al patriciado de la Iglesia católica, no quedaba esperanza de ningun género á los protestantes, puesto que los obispos irían á ser sus verdugos y no sus jueces. Pero si el Pontífice admitía por su parte, bajo un pié de igualdad completa, al Protestantismo y el Catolicismo, la revolución y la autoridad, la ortodoxia y la heterodoxia, ¡ah! entonces, perdida estaba y perdida sin remisión la Iglesia, perdido estaba y perdido sin remisión el Pontífice. No cabía, pues, en el contradictorio asunto de las jurisdicciones conciliares ninguna conciliación. Y al decir quiénes formaban la Asamblea, decíase lo que la Asamblea en su fondo representaba y quería. La reunión de obispos exclusivamente católicos equivalía por completo á decisiva ruptura entre el Protestantismo y el Catolicismo. La reunión de católicos y protestantes equivalía en el fondo á una triste abdicación del Papa y á una derrota completa de la Iglesia. Por consecuencia ningun éxito podía tener un concilio, cuyo resultado estaba virtualmente contenido en su misma convocatoria.

Todos estos poderes viejos suelen perderse por causa de su complejidad histórica en exteriores bagatelas de corte ó de liturgia. El Pontífice arreglaba con cuidado el ceremonial de la Asamblea y desarreglaba su composición y su número. Hállanse allí los tres legados pontificios recibiendo cartas sobre cartas, instrucciones sobre instrucciones, bulas sobre bulas, en las que se veía y notaba cómo el Pontificado quería en su personalidad absorber todo el concilio; y aun no había congregados tres ó cuatro obispos. Esta incuria de los representantes del Catolicismo en la tierra, sirvió á los legados pontificios para disminuir las prerogativas de la Asamblea religiosa y aumentar las omnímodas facultades del Pontífice.